

el paño del altar, el cura riñó a su madre en voz baja.

—¿Por qué le ha detenido usted, madre? No le he dicho a usted que guardara la puerta.

La vieja miraba fijamente hacia adelante, con aire de animal testarudo.

—Antes de entrar habría pasado por cima de mi cuerpo—murmuró.

—¿Pero por qué?

—Porque... Escucha, Ovidio, no te enfades; ya sabes que me matas cuando te enfadas. Me habías dicho que acompañara aquí a la casera, ¿verdad? Pues bien; yo creí que me necesitabas por culpa de los curiosos. De modo que me he sentado ahí. ¡Oh! Te respondo que erais libres de hacer lo que quisierais; nadie hubiera metido la nariz ahí dentro.

El cura comprendió, y le cogió las manos, sacudiéndolas y diciendo:

—¿Cómo, madre? ¿Ha podido usted suponer...?

—¡Oh! No he supuesto nada—respondió ella con sublime indiferencia.—Eres dueño de hacer lo que te plazca, y cuanto haces está bien hecho; mira, eres mi hijo... Yo robaría por tí... y nada más.

Pero él no la escuchaba ya. Había soltado las manos de su madre, y la miraba como perdido en reflexiones que tornaban su rostro más austero y más duro.

—No, jamás, jamás—dijo con áspero orgullo.—Se equivoca usted, madre... Los hombres castos son los únicos fuertes.

XVI

A los diez y siete años, Deseada seguía riendo con su inocente risa. Estaba hecha una guapa moza, muy gruesa, con brazos y hombros de mujer ya formada. Crecía como una planta fuerte, dichosa por crecer, indiferente a la desgracia que vaciaba y llenaba de sombras la casa.

—No te ríes—decía a su padre.—¿Quieres jugar a la comba? Eso sí que es divertido.

Se había apoderado de un cuadro entero del jardín; en él cavaba, plantaba legumbres, regaba. Los trabajos pesados eran su alegría. Después, había querido tener gallinas, que se le comían las legumbres; gallinas a quienes reñía con ternizas de madre. En aquellos juegos, entre la tierra, en medio de los animales, se ensuciaba horrorosamente.

—Está hecha una verdadera rodilla — gritaba Rosa.—No quiero que entre en la cocina, porque la ensucia toda... Vaya, señora, que es usted muy tonta al vestirla bien; yo la dejaría que se revolcara a sus anchas.

Marta, en el trastorno que invadía su ser, acabó por no cuidar siquiera de que Deseada cambiase

de ropa blanca. A veces la niña iba tres semanas con la misma camisa; las medias que le caían sobre los zapatos agujereados, no tenían ya talones; sus deplorables faldas parecían guñapos de mendiga. Un día, Mouret tuvo que coger una aguja; el cuerpo roto por detrás de arriba abajo, dejaba ver la carne de la niña. Esta se reía al verse medio desnuda, con los cabellos caídos sobre los hombros, negras las manos, sucia la cara.

Marta acabó por sentir una especie de asco. Cuando volvía de misa, conservando en el cabello los vagos perfumes de la iglesia, le desagradaba el poderoso olor de la tierra que exhalaba su hija. En cuanto acababan de almorzar, la mandaba al jardín; no la podía tolerar a su lado, inquieta por aquella salud robusta, por aquella clara risa que con todo se entretenía.

—Dios mío, qué pesada es esta niña!—murmuraba a veces, con mohín de enervado cansancio.

Mouret, al oír la quejarse, le dijo con movimiento de cólera:

—Si te molesta, podremos echarla a la calle, como a los otros dos.

—Bien tranquila me quedaría, si no estuviese aquí—respondió redondamente Marta.

Al terminar el verano, una tarde, se asustó Mouret al no oír ya a Deseada, que pocos minutos antes estaba alborotando horriblemente en el fondo del jardín. Corrió y la encontró en el suelo, caída de una escalera en la que se había subido para coger higos; felizmente, los bojes habían amortiguado su caída. Mouret, espantado, la cogió en brazos, pidiendo socorro. La creía muerta; pero la niña volvió en sí, aseguró que no se había hecho daño y quiso volver a subirse en la escalera.

Entre tanto, Marta había bajado la escalinata. Cuando oyó reír a Deseada se incomodó.

—¡Esa niña me va a matar!—dijo.—No sabe qué inventar para darme disgustos. Estoy segura de que se ha tirado al suelo adrede. Esto es insufrible. Me encerraré en mi cuarto, o saldré por la mañana y no volveré hasta la noche... Sí, sí, ríete, tantísima... ¿Es posible haber echado al mundo una tonta semejante? Me vas a costar muy cara.

—¡Eso es verdad!—añadió Rosa que había acudido de la cocina.—Es un gran estorbo, y no hay que pensar en poder casarla.

Mouret, herido en el corazón, las oía, las miraba. No respondió nada, y permaneció en el fondo del jardín con la muchacha. Hasta la caída de la noche, pareció que hablaban dulcemente. Al siguiente día, Marta y Rosa tenían que ausentarse toda la mañana; iban, a una legua de Plassans, a oír misa en una capilla dedicada a San Genaro, a la que todas las devotas de la ciudad iban aquel día en peregrinación. Cuando regresaron, la cocinera se apresuró a servir un almuerzo frío. Marta llevaba ya comiendo unos minutos, cuando se percató de que su hija no estaba allí.

—¿No tiene apetito Deseada? — preguntó. — ¿Por qué no almuerza con nosotros?

—Deseada ya no está aquí—dijo Mouret, que dejaba la comida en el plato.—Esta mañana la he llevado a San Eutropio, a casa de su nodriza.

Marta soltó el tenedor, un tanto pálida, sorprendida y ofendida.

—Hubieras podido consultarme—respondió.

Pero Mouret continuó sin responder directamente:

—Ella se encuentra a gusto en casa de su nodriza. La buena mujer, que la quiere mucho, cuidará de ella... Así la niña no te atormentará más, y todo el mundo quedará contento.

Y como Marta permaneciese muda añadió:

—Si la casa no te parece bastante tranquila, dímelo y yo me iré.

Marta se levantó a medias y por sus ojos pasó una centella. Su marido acababa de hierla tan cruelmente, que extendió el brazo, como para tirarle la botella a la cabeza. En aquella naturaleza sumisa tanto tiempo, se elevaban desconocidas furias, un odio creciente contra aquel hombre que sin cesar vagaba en torno de ella, semejante a un remordimiento. Se puso de nuevo a comer con afectación, sin hablar más de su hija. Mouret había doblado su servilleta; permanecía sentado delante de su mujer, oyendo el ruido de su tenedor, lanzando lentas miradas en torno de aquel comedor tan alegre en otro tiempo con el alboroto de los niños, y tan vacío y triste hoy. La estancia le parecía helada. Las lágrimas se le asomaban a los ojos, cuando Marta llamó a Rosa para pedirle el postre.

—¿Tiene usted buen apetito, señora?—dijo la criada sacando una fuente de frutas.—Es que hemos andado de lo lindo... Si el señor, en lugar de ser un ateo, hubiese venido con nosotras, no habría dejado que usted sola se comiera el resto del gigote.

Y cambió los platos, charlando sin cesar.

—Es muy bonita la capilla de San Genaro, pero es demasiado pequeña. Ya ha visto usted las señoras que han llegado tarde y que han tenido que arrodillarse fuera, sobre la hierba, en pleno sol... Lo que no comprendo es que madame de Condamin haya ido en coche... Así no tiene mérito el ir en peregrinación... Sea como sea, hemos pasado una mañana muy hermosa. ¿Verdad, señora?

—Sí, una hermosa mañana—repitió Marta.—El Padre Mousseau, que ha predicado, ha estado muy conmovedor.

Cuando Rosa se dió a su vez cuenta de la ausencia de Deseada, y cuando supo que la niña había partido, exclamó:

—La verdad es que el señor ha tenido una buena idea... La niña me quitaba todas las cacerolas para regar las verduras... Ahora podremos respirar un poco.

—Sin duda—dijo Marta, mondando una pera.

Mouret se ahogaba. Salió del comedor sin escuchar a Rosa que le gritaba que el café iba a estar listo en seguida. Marta, que se quedó sola en el comedor, terminó la pera tranquilamente.

Madame Faujas bajaba cuando la cocinera sacaba el café.

—Entre usted—le dijo esta última.—Haré usted compañía a la señora, y tomará usted la taza del señor, que se ha escapado como un loco.

La anciana señora se sentó en el sitio de Mouret.

—Yo creía que no tomaba usted café nunca—observó echándose el azúcar.

—Antes no—respondió Rosa.—Cuando el señor tenía los cuartos... Ahora, tonta sería la señora si se privase de lo que le gusta.

Hablaron una hora larga. Marta enternecida, acabó por contar sus penas a madame Faujas; su marido acababa de darle un rato atroz, a propósito de su hija, a quien había llevado a casa de su nodriza, en un momento de mal humor. Y ella se defendía, asegurando que quería mucho a la niña, y que cualquier día iría por ella.

—Era un poquito alborotadora—insinuó madame Faujas.—Muchas veces la he compadecido a usted... Mi hijo hubiera renunciado a venir al jardín a leer su breviario. La niña le daba dolor de cabeza.

A partir de aquel día, las comidas de Marta y

de Mouret fueron silenciosas. El otoño era muy húmedo; el comedor permanecía melancólico, con los cubiertos aislados, separados por toda la anchura de la gran mesa. La sombra llenaba los rincones; del techo caía frío. Parecía un entierro, según expresión de Rosa.

—Bueno—decía ésta con frecuencia al servir la comida.—No hagan ustedes tanto ruido... A este paso, no hay peligro de que se les caiga a ustedes la campanilla... Esté usted más alegre, señor. Parece que vaya usted siguiendo a un muerto. Acabará usted por hacer enfermar a la señora. No es bueno para la salud el comer sin hablar.

Cuando llegaron los primeros fríos, Rosa, que procuraba congraciarse con madame Faujas, le ofreció su cocina para que guisase. Empezó la cosa por los jarritos de agua que bajaba a calentar la vieja señora; no tenía fuego; y el cura tenía prisa por afeitarse. En seguida le pidió planchas, se sirvió de algunas cacerolas, pidió el asador para asar un gigote; después, como no tenía arriba chimenea dispuesta en conveniente forma, acabó por aceptar los ofrecimientos de Rosa, que encendió fuego de sarmientos como para asar un carnero entero.

—No se moleste usted—repetía dando ella misma vueltas al asador.—La cocina es grande, ¿verdad? Hay sitio de sobra para dos... No sé cómo ha podido usted pasar hasta ahora, guisando en el suelo, delante de la chimenea de su cuarto, en un mal hornillo de hierro... Yo hubiera tenido miedo a un golpe de sangre... También es ridículo el señor Mouret. No se alquila una habitación sin cocina. Preciso es que sean ustedes poco exigentes.

Poco a poco, madame Faujas guisó su almuerzo y su comida en la cocina de los Mouret. En los

primeros tiempos, ella se llevaba el carbón, el aceite, las especias. Después, cuando se olvidó de algo, no quiso la cocinera que subiese a su casa y la obligaba a tomar en el armario lo que le faltaba.

—Mire usted, la manteca está ahí. No nos arruinará lo que coja usted con la punta del cuchillo, ya sabe usted que todo lo de aquí está a su disposición. Si no lo tomara usted, me reñiría la señora.

Entonces se entabló gran intimidad entre Rosa y madame Faujas; la cocinera estaba entusiasmada por tener allí una persona que consentía en escucharla, mientras ella revolvía las salsas. Por otro lado, se entendía a las mil maravillas con la madre del cura, con quien la ponían casi en un pie de igualdad los vestidos de indiana, el rudo rostro, la brutaliad populachera de la anciana. Por espacio de horas enteras picoteaban delante de los apagados fogones. Pronto madame Faujas adquirió absoluto imperio en la cocina; conservaba su actitud impenetrable, no diciendo sino lo que quería decir y haciéndose contar lo que deseaba saber. Ella decidió la comida de los Mouret, probando antes que ellos los platos que les enviaba. Con frecuencia Rosa hacía aparte golosinas destinadas particularmente al cura, manzanas con azúcar, pasteles de arroz, buñolitos. Las provisiones se mezclaban, las cacerolas andaban al retortero y las dos comidas se confundían, hasta el punto de que la cocinera exclamaba riendo, en el momento de servir:

—Diga usted, señora. ¿Son de usted los huevos al plato? Yo ya no sé... Valdría más que comieran ustedes juntos.

El día de todos Santos fué cuando el Padre Faujas almorzó por vez primera en el comedor

de los Mouret. Tenía mucha prisa, debía volver a San Saturnino. Marta, para que perdiera menos tiempo, le hizo sentar a la mesa, diciéndole que su madre no tendría dos pisos que subir. Una semana mas tarde, la costumbre se estableció, y los Faujas bajaban a cada comida, sentándose a la mesa y llegando hasta el café. Los primeros días, las dos cocinas fueron diferentes; después, esto pareció a Rosa "una tontada" diciendo que podría muy bien guisar para cuatro personas, y que ella se entendería con madame Faujas.

—No me dé usted las gracias—añadió.—Ustedes sí que son amables, que bajan a hacer compañía a la señora; ustedes le traen un poco de alegría... Yo no me atrevía ya a entrar en el comedor; me parecía que estaba en casa de un muerto. Estaba tan vacío que daba miedo... Si ahora el señor pone hocicos, peor para él, porque los pondrá él solo.

Roncaba la estufa, y la habitación estaba muy calentita. Fué un invierno encantador. Nunca había puesto Rosa la mesa con manteles más limpios; colocaba la silla al señor párroco cerca de la estufa, de modo que diese la espalda al fuego. Cuidaba particularmente de su vaso, de su cuchillo, de su tenedor; en cuanto el mantel tenía la más pequeña mancha, procuraba que no estuviese en el lado del cura. Además, le prodigaba mil atenciones delicadas.

Cuando iba a servirse un plato que le gustaba, le advertía para que reservase el apetito. A veces, por el contrario, le daba una sorpresa; llevaba la fuente tapada, riéndose solapadamente de las miradas interrogadoras, y diciendo, con reprimido triunfo:

—Esto es para el señor párroco; una cerceta

con aceitunas, como le gustan... Señora, dé usted un filete al señor párroco. El plato es para él.

Marta servía. Insistía, con miradas suplicantes, para que el cura aceptase los pedazos buenos. Siempre empezaba por él; escudriñaba la fuente, en tanto que Rosa, inclinada sobre ella, le indicaba con el dedo lo que creía mejor. Y hasta sostenían cortas disputas respecto a la excelencia de tales o cuales partes de un pollo o de un conejo. Rosa ponía un cojín de alfombra bajo los pies del cura. Marta exigía que éste tuviese su botella de Burdeos y su pan, un pan pequeño y dorado, que cada día encargaba en casa del panadero.

—¡Oh! Nada es demasiado bueno—repetía Rosa cuando el cura les daba las gracias.—¿Quién iba a vivir bien, si los corazones buenos como usted no tuvieran lo necesario? Déjenos usted, que Dios nos pagará su deuda.

Madame Faujas, sentada a la mesa frente a su hijo, sonreía al ver todos estos halagos. Empezaba a querer a Marta y a Rosa; por otra parte, le parecía natural la adoración de ambas, y las consideraba muy dichosas por estar así de rodillas delante de su Dios. Erguida la cabeza, comiendo despacio y en abundancia, como aldeana trabajadora, presidía realmente las comidas, viéndolo todo sin perder bocadillo, vigilando para que Marta permaneciera en su papel de sirvienta, acariciando a su hijo con mirada de goce satisfecho. No hablaba más que para decir en dos palabras los gustos del cura o para poner coto a las cortesías negativas que éste arriesgaba algunas veces todavía. A veces se encogía de hombros y le pisaba. ¿Acaso no era suya la mesa? Bien podía comerse la fuente entera, si le agradaba; los otros se contentarían con morder su pan duro mirándole.

En cuanto al Padre Faujas, permanecía indife-

rente a los tiernos cuidados de que era objeto; muy sobrio, comiendo deprisa, con la cabeza en otra parte, con frecuencia no se daba cuenta de las golosinas que le reservaban. Al aceptar la compañía de los Mouret, había cedido a las instancias de su madre; en el comedor de la planta baja, no gozaba más alegría que la de verse libre en absoluto de los cuidados de la vida material. De manera que tenía allí una tranquilidad soberbia, habituado poco a poco a ver adivinados sus menores deseos, no asombrándose ya, no dando ya las gracias, reinando desdeñosamente sobre la dueña de la casa y la cocinera, que espiaban ansiosamente las más pequeñas arrugas de su rostro grave.

Y Mouret, sentado frente a su mujer, quedaba olvidado. Estaba con los puños en el borde de la mesa, como un niño, esperando que a Marta se le ocurriese pensar en él. Marta le servía el último, al azar, escasamente. Rosa, en pie detrás de ella, la avisaba cuando se equivocaba y le ponía un pedazo bueno.

—No, no, esa parte no... Ya sabe usted que al señor le gusta la cabeza, y chupa los huesecillos.

Mouret, achicado, comía con vergüenza de parásito. Comprendía que madame Faujas le miraba cuando se cortaba el pan. Reflexionaba un minuto largo, clavando los ojos en la botella, antes de atreverse a escanciarse el vino. Una vez se equivocó, y tomó tres dedos de Burdeos del párroco. ¡Buena cosa hizo! Por espacio de un mes, Rosa le reprochó aquellos tres dedos de vino. Cuando hacía algún plato de dulce, exclamaba:

—No quiero que el señor lo pruebe... Nunca me ha dirigido el menor cumplido. Una vez, me dijo que la tortilla al ron estaba quemada. Entonces le respondí: "Siempre están quemadas para usted". ¿Oye, señora? No le dé usted al señor.

Además empleaba burlas continuas. Le daba los platos cascados, le ponía entre las piernas una pata de la mesa, le dejaba en la copa la pelusa del trapo, ponía el pan, el vino, la sal, al otro extremo de la mesa. Era el único a quien gustaba la mostaza; él mismo iba a la tienda a comprar los tarros, que la cocinera hacía desaparecer regularmente, con pretexto de que "olía a demonios". La privación de mostaza bastaba para estropearle las comidas. Lo que le desesperaba más todavía, lo que le quitaba del todo el apetito, era que le hubieran quitado su sitio, el sitio que había ocupado siempre, delante de la ventana; ahora se lo daban al cura por ser el más agradable. Ahora, Mouret se sentaba de cara a la puerta; parecía comer en casa extraña, desde que no podía echar una mirada a sus árboles frutales.

Marta no tenía las acritudes de Rosa; tratábase como a un pariente pobre a quien se tolera; acababa por ignorar que estuviera allí, no dirigiéndole la palabra casi nunca, obrando como si sólo el Padre Faujas diese las órdenes en la casa. Por otra parte, Mouret no se rebelaba; cruzaba algunas frases de cortesía con el cura, comía en silencio, y respondía con lentas miradas a los ataques de la cocinera. Después, como era siempre el primero en acabar, doblaba la servilleta metódicamente y se retiraba, con frecuencia antes de los postres.

Rosa decía que rabiaba por dentro. Cuando hablaba con madame Faujas en la cocina, le explicaba de cabo a rabo cómo era su amo.

—¡Oh! Yo le conozco muy bien, y nunca me ha asustado... Antes de que ustedes viniesen aquí, la señora temblaba delante de él, porque siempre estaba gritando y echándose de hombre terrible. Nos fastidiaba de lo lindo; siempre le tenía-